

ACINTO DENAVENTE

MEDIA  
TRES  
ROS



ANDO LOS HIJOS DE EVA  
SON LOS HIJOS DE ADÁN

Cubierta

de

este

número:

el

eminente

actor

D. Emilio Thuillier

en

su

portentosa

creación

del

Carlos Werner

2758

CUANDO LOS HIJOS DE EVA  
NO SON LOS HIJOS DE ADAN



JACINTO BENAVENTE

PREMIO NOBEL DE LITERATURA DE 1922

61

# Cuando los hijos de Eva no son los hijos de Adán

COMEDIA EN TRES ACTOS

*Estrenada en el Teatro Calderón la noche del 5 de noviembre  
de 1931.*

DIBUJOS DE  
ANTONIO MERLO



la farsa

AÑO VII ||| 7 DE ENERO DE 1933 ||| NÚM. 278  
M A D R I D

# REPARTO

## PERSONAJES

## INTERPRETES

---

<i>Ester</i> .....	Rosario Pino.
<i>Felicitas</i> .....	Josefina Tapias.
<i>Myrian</i> .....	Aléjandrina Caro.
<i>Beatriz</i> .....	Carmen Prendes.
<i>Amada</i> .....	Amelia de la Torre.
<i>Carlos Werner</i> .....	Emilio Thuillier.
<i>Jacob</i> .....	Antonio Armet.
<i>Giacometto</i> .....	Paco Alarcón.
<i>Salomón Dantés</i> .....	Benito Cobefia.
<i>Elias Kraus</i> .....	Carlos García Estévez.

A EMILIO THUILLIER,

*Con la admiración y el cariño de  
siempre,*

JACINTO BENAVENTE

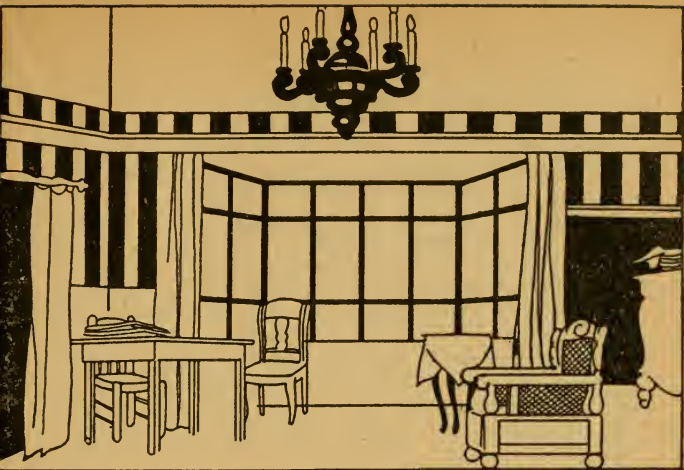
607888





**ACTO PRIMERO**





En Suiza, en una villa de los alrededores de una gran ciudad. Hall de una villa de estilo suizo. Al foro gran ventanal con vistas a las montañas, nevadas en las cumbres. Puertas a derecha e izquierda. Una gran mesa de trabajo con infinidad de papeles y libros en el mayor desorden. Estufa de azulejos. Un aparador con platos, jarras y copas. La habitación puede ser comedor o sala de trabajo.

### ESCENA PRIMERA

JACOB, sentado a la mesa, fuma en pipa y escribe, y de cuando en cuando se pasea y vuelve a sentarse. BEATRIZ, tirada en el suelo delante de la mesa, escribe una carta con estilográfica. Entra FELICITAS con cartas y periódicos.

FELICITAS.—(Con albornoz de baño y un pijama debajo, llegando por detrás de la mesa.) Tu correo, Jacob...

JACOB.—Buenos días, Felicitas... (Se besan.)

FELICITAS.—¡Qué beso más glacial!...

JACOB.—Es verdad... ; Estaba distraído! (*Se besan largamente.*)

BEATRIZ.—(*Incorporándose.*) ; Cu... cu!...

FELICITAS.—; Ah, estabas ahí..., mono!

BEATRIZ.—; Por mí no lo dejéis!...

FELICITAS.—; Duende, más que duende! ; En todas partes hay que tropezar contigo!... ; Qué haces?

BEATRIZ.—Escribo...

FELICITAS.—A ver... (*Quiere quitarle la carta que escribe.*)

BEATRIZ.—(*Defendiéndose.*) No, deja... ; Eso sí que no!...

FELICITAS.—; Trae!...

BEATRIZ.—No quiero... ; Antes me como el papel!... (*Rompiendo el papel y metiéndoselo en la boca.*)

FELICITAS.—; Fiera!... ; Animalucho!...

JACOB.—Déjala...

FELICITAS.—Escribirá algún anónimo, como siempre. No tiene otra diversión. Enredar a todos, promover disgustos...

BEATRIZ.—No es verdad; los anónimos los escribe Amada...

FELICITAS.—Ella y tú. El párroco de San Pelagio ha estado a punto de separarse de su mujer por vuestros anónimos...

BEATRIZ.—Eso hubiera salido ganando. Su mujer es insopor- table...

FELICITAS.—El día que la gente se entere de que los anónimos son cosa vuestra os arrastra del pelo... Me alegraré mucho... No puedes negar la sangre...

BEATRIZ.—La misma que tú...

FELICITAS.—La sangre italiana de tu madre, que se envenenó..., de ella misma, por no ir a la cárcel...

BEATRIZ.—; No hables de mi madre, no hables de mi madre! Si dices eso te... (*Amenazándola.*)

JACOB.—; Beatriz, Beatriz!... (*A Felicitas.*) ; Calla tú también!...

BEATRIZ.—; Te odio, te odio!

FELICITAS.—Odias a todo el mundo... ; Qué regalo nos trajo el padre contigo!...

BEATRIZ.—; Ojalá no me hubiera traído nunca!... ; Para estar con vosotras!

JACOB.—; Quieres callarte, Beatriz!... ; Anda con Giacometto!

BEATRIZ.—; Si no fuera por él!... (*Sale.*)

## ESCENA II

FELICITAS y JACOB; éste abre y lee algunas cartas.

FELICITAS.—¿Hay carta del padre?

JACOB.—No. Cuando se va, ya sabes que no escribe nunca. Se presentará cualquier día, cuando menos se le espere. Como siempre.

FELICITAS.—Como la madre. Se va; vuelve: unas veces trae dinero; otras viene a pedirlo... Trabajas mucho...

JACOB.—Sí; quiero tener terminada toda la orquestación antes de que vuelva tu padre. Quiero darle esa sorpresa... Quisiera que se retrasara unos días... Me falta mucho; es difícil...

FELICITAS.—¿Por qué trabajas para mi padre?... ¿Crees que él lo agradece?

JACOB.—No lo hago porque lo agradezca. Ni a tu padre hay que pedirle agradecimiento ni nada que no sea su arte. Esa es su grandeza. Por eso más que por nada le admiro... Yo quisiera ser como él en todo.

FELICITAS.—¿Quisieras ser como mi padre? Entonces... ¡pobre de mí, que tengo la desgracia de quererte!... Sí. Te quiero, Jacob... Tú sabes que yo no había querido nunca... Creía que era también como mi padre: incapaz de querer... Y ahora, te quiero..., te quiero... Pero esta casa..., ¿nunca saldremos de aquí?... Los dos solos, Jacob... ¿No ambicionas nada?

JACOB.—No sé...

FELICITAS.—No; no me quieres...

JACOB.—Sí, Felicitas... Soy muy dichoso con tu cariño... Es lo único que me distrae de mi trabajo... Por eso te agradecería que me dejaras...

FELICITAS.—Eso he sido yo para ti: una distracción en tu trabajo. Ya lo veo. Pero no me conoces... Yo no renuncio a ti... He sido tuya y has de ser mío para siempre...

JACOB.—Eso quiero... Si sabemos querernos... Un verdadero cariño evita muchas perturbaciones en la vida. En eso sí que no quiero imitar a tu padre, en la perpetua agitación de su vida amorosa... ¡Tantas mujeres!... ¡Tantos hijos!... ¡De unas madres; de otras!... Es horrible... Mi padre era lo mismo que el tuyo. Por eso

eran tan amigos... También yo debo tener muchos hermanos... desperdigados... Pero no los conozco... Mi padre nunca tuvo la preocupación del tuyo para reunirnos a todos y que nos odiásemos como os odiáis tus hermanas y tú... A propósito... ¿No ha vuelto a saberse de Amada?...

FELICITAS.—No.

JACOB.—Cuando vuelva tu padre y no la encuentre... Es a la que más quiere..., ¿verdad?

FELICITAS.—A la que más quiere es a Beatriz. Es su mejor recuerdo... Quiso mucho a su madre, que se mató por él... Una italiana. Gran artista, según dicen los que la oyeron...

JACOB.—Sí; debió serlo cuando lograba triunfar en las obras del maestro que sólo grandes artistas pueden interpretar...

### ESCENA III

DICHOS y AMADA, con traje de viaje y un saco de mano.

FELICITAS.—(A Jacob.) ¿No preguntabas por Amada? (A Amada.) ¿Qué sucede?

AMADA.—(Sentándose y dejando el saco de mano.) ¡Ya lo ves: que he vuelto!...

FELICITAS.—¡Pronto! ¿Se extinguió ya la gran pasión? ¿Dónde has dejado a Fritz? Mejor dicho: ¿dónde te ha dejado él?'

AMADA.—Se ha ido a Varsovia con unos amigos comunistas, de una célula de Moscú... Van a hacer la revolución...

FELICITAS.—O a que los metan en la cárcel, o los fusilen.

AMADA.—No; ahora no se trabaja para la gran revolución. Es trabajo de zapa, de mina. Hay que ir suprimiendo obstáculos. Gente que estorba...

FELICITAS.—¿A los tiranos, no es eso?

AMADA.—No; eso no es político. A los tiranos hay que dejarlos... Esos son los que exacerban más el odio. A los que hay que suprimir es a los contemporizadores, a los evolucionistas... Esos son los peores...

FELICITAS.—Me da risa oírte.

AMADA.—Ríete, ríete... ¿No ha vuelto todavía el padre?

FELICITAS.—No; tienes suerte... Porque si se entera de tu escapada...

AMADA.—No se asustaría... Yo siquiera no exhibo en casa mis expansiones.

FELICITAS.—Naturalmente; porque tus expansiones, como tú dices, son muy poco caseras...

AMADA.—Y no tardaré en volver a marcharme... No puedo más... Esta Suiza me ahoga... Me abruma sus montañas, la insipidez de sus paisajes; estos pueblos en que no pasa nada; esta Suiza que no tiene más historia que la de Guillermo Tell, que es un poco ridícula, de la que no queda más que un mal drama y una mala ópera: Schiller y Rossini; dos tarros de almíbar, compota de epopeya... Voy a bañarme... ¿Siempre están en casa Myrian y Giacometto?

FELICITAS.—¿Qué pregunta!...

AMADA.—No; si por mí... Con los dos me llevo muy bien..., que ya es difícil. ¿No me has dicho nada, Jacob! Fritz me ha hablado mucho de ti en estos días... ¿Es muy amigo tuyo!

JACOB.—También yo le quiero... ¿No os habéis separado por ningún disgusto?

AMADA.—No; ir a Varsovia no me decía nada. Y a Rusia tampoco... Rusia ya empieza a no ser interesante... Se acabó la tragedia. Hasta ahora... (*Sale.*)

#### ESCENA IV

FELICITAS y JACOB.

FELICITAS.—¿Está loca!...

JACOB.—¿Me dejas trabajar?

FELICITAS.—Sí, sí, ¿te estoibo?... Me estaría aquí muy calladita... ¿No quieres?

JACOB.—No son las palabras; es la presencia. Sin querer pienso que estás ahí, siento tus miradas, me habla tu silencio...

FELICITAS.—Sientes que te quiero... ¡Y lo sientes!... ¿Por qué te trajo el padre a esta casa?

JACOB.—Ya lo ves: para que trabaje. Tú crees que el maestro pensaba en otra cosa... ¡Vaya, déjame! ¡No estés triste!... ¡Nos

queremos!... Yo no pienso querer a otra mujer..., me basta con tu cariño... Pero sé juiciosa..., un cariño apacible... Verás cómo somos felices... ;Anda, déjame, déjame!... (*Sale Felicitas; Jacob queda solo. Trabaja de cuando en cuando y se levanta y pasea. Enciende la pipa, vuelve a sentarse y a escribir.*)

## ESCENA V

JACOB, GIACOMETTO, ELIAS y SALOMON. Giacometto trae dos maletas. Elías y Salomón, un saco de mano cada uno; Elías, unos bastones de golf envueltos en una lona.

GIACOMETTO.—;Avanti, signori, avanti!... ;Perdón! Pasen aquí. El maestro Werner no está a la casa. Se fué. No se sabe por cuánto. Es lo mismo. Son ustedes invitados, es su casa...

JACOB.—(*Saludando.*) Señores...

GIACOMETTO.—(*Presentándoles.*) El maestro Jacob, discípulo del gran maestro... Tanto carino.

ELIAS.—;Trabaja usted? Hemos venido a molestarle...

JACOB.—No, no; había terminado...

GIACOMETTO.—Los señores son invitados del maestro: amigos...

ELIAS.—Sí. Elías Kraus y... (*Salomón saluda.*)

JACOB.—;Ah! ;Ustedes no se conocían?

ELIAS.—No. Hemos venido juntos, en el mismo tren, en el mismo coche. No pudimos suponer que los dos veníamos a la misma casa: invitados los dos por el gran maestro. A mí me invitó en Munich, en el mes de mayo...

SALOMON.—A mí en Venecia, en el mes de junio...

JACOB.—;Músicos los dos?

ELIAS.—No; es decir: hablo por mí... El señor...

SALOMON.—Concertista de violoncello: Salomón Dantés. Tal vez conozca.

JACOB.—;Ah, sí! ;Salomón Dantés! Es un honor... Nunca he tenido el placer de oírle, pero de nombre..., un nombre glorioso.

SALOMON.—Conocido... Glorioso, glorioso, no hay más que el maestro.

GIACOMETTO.—Con permiso... Llevo todo al apartamento... ;Preparo los baños? ;Muy calientes?



ELIAS.—Si es posible una ducha...

GIACOMETTO.—Aquí hay de todo: baño, ducha, baño turco, ruso, japonés; es de todo. Con permiso, señores... (*Sale Giacometto con las maletas y los sacos.*)

ELIAS.—Hemos llegado en mala ocasión; en ausencia del maestro.

JACOB.—Esperamos que no tardará en regresar...

SALOMON.—Es una molestia para la familia...

JACOB.—Nada de eso. En esta casa se está acostumbrando a que lleguen huéspedes de improviso y de todas partes. Aunque no esté el maestro es lo mismo... Hay orden de atenderles como si él estuviera...

ELIAS.—Insistió tanto en su invitación... Deseaba darme a conocer su nueva obra...

JACOB.—En ella trabaja...

ELIAS.—Con la colaboración de usted: su discípulo predilecto...

JACOB.—El maestro me honra y me enorgullece con ese título...

ELIAS.—Será muy merecido, porque el maestro no es fácil en sus admiraciones...

SALOMON.—¿El maestro tiene aquí a su familia?

JACOB.—Sí; parte... Tres hijas. Las dos mayores, hermanas de padre y madre. La menor, hermana de padre.

SALOMON.—¿El maestro se ha casado dos veces?...

ELIAS.—¡Oh, no! Usted no lo conoce de tanto tiempo como yo... El maestro no se ha casado nunca. Ya es raro que dos hijas sean de la misma madre. (*A Jacob.*) ¿No es verdad? Usted, que es su discípulo, tal vez lo conocerá mejor que yo...

JACOB.—Era íntimo amigo de mi padre, que también era como él... Figúrense si lo conozco.

ELIAS.—Pero..., ¿sólo están las tres hijas en la casa? ¿No hay ninguna sultana por el momento?

JACOB.—No; el maestro cuando trabaja no piensa en nada más. Están las tres hijas, yo y los criados. Más que criados, otros amigos. Myrian, la vieja hebrea que ya sirvió en casa de los padres del maestro, y éste, Giacometto, italiano, que el maestro se trajo de Méjico...

ELIAS.—El sitio es hermoso...

JACOB.—Como toda Suiza... Si ustedes quieren llamaré a las hijas del maestro para presentarlas...

ELIAS.—Antes haremos un poco de "toilette"...

JACOB.—¿Quieren tomar algo?

ELIAS.—Hemos almorzado en el tren.

JACOB.—En la casa se almuerza a las doce. No falta mucho...

ELIAS.—Volveremos a almorzar. En viaje se tiene siempre apetito...

JACOB.—¿Qué acostumbran ustedes a beber en la mesa, para dar orden?

ELIAS.—Yo, cerveza; cerveza clara. Nada más.

JACOB.—Muy bien.

SALOMON.—Yo, agua. Agua nada más. No puedo con el vino ni con la cerveza. Después de las comidas, entonces, sí: una media botellita de coñac. Sólo media botella con unos terrones de azúcar. Es muy digestivo.

GIACOMETTO.—(*Entrando.*) Cuando los señores quieran... El apartamento está pronto.

ELIAS.—(*A Jacob.*) Con permiso... Tanto honor...

SALOMON.—Encantado de saludarle...

GIACOMETTO.—A sus órdenes, señores. (*Salen Elias y Salomón con Giacometto.*)

## ESCENA VI

JACOB, y luego MYRIAN, y después FELICITAS.

JACOB.—(*Llamando.*) ¡Felicitas! ¡Felicitas! (*Entra Myrian.*)

MYRIAN.—¿Qué quieres a Felicitas? ¡Se está vistiendo!...

JACOB.—Tenemos huéspedes...

MYRIAN.—¿Ya estamos?... ¿Muchos?...

JACOB.—Dos. Esta vez son dos nada más.

MYRIAN.—Si no aparecen otros en estos días... El señor convida..., convida... Luego no se acuerda ni de los nombres.

JACOB.—Eso es verdad... (*Entra Felicitas.*)

MYRIAN.—Aquí está Felicitas...

FELICITAS.—¿Me llamabas?

JACOB.—Sí.

MYRIAN.—Es que ya tenemos huéspedes...; ya los echábamos de menos...

FELICITAS.—¿Qué fastidio! El padre convida siempre al primero con quien habla..., para luego no acordarse ni de su nombre... ¿Quiénes son éstos?

JACOB.—Uno es Salomón Dantés, el célebre violoncellista. ¡Fíjate! ¡Tu padre, que no puede resistir a los concertistas!... Y éste que es de los de trémolos y apoyaturas, de una escuela deplorabile...

FELICITAS.—Ni siquiera se habrá traído el violoncello... para hacernos reír...

JACOB.—Ya le buscaremos uno...

FELICITAS.—¿Y el otro?

JACOB.—El otro no sé. No ha declarado profesión ni estado. Pero es el que parece más amigo del maestro. Por lo menos le conoce mejor. Giacometto los ha acompañado a sus habitaciones. Uno bebe cerveza clara a las comidas. El otro, media copa de coñac a los postres. Hay de todo eso en casa, ¿verdad?

MYRIAN.—De beber hay de todo. Lo que no hay es mantel; mantel limpio. Ayer se fué la lavandera, se peleó con Giacometto. Dejó todo sin lavar. Yo no puedo ya más. Yo dejo mi vida en esta casa.

FELICITAS.—Bueno; no refunfuñes y prepara comida para dos personas más.

MYRIAN.—Comida..., comida... No sé qué comida voy a preparar. Giacometto me ha tenido la cocina ocupada toda la mañana con la peste de sus macarrones. ¡No puedo más..., no puedo más!... ¡Y la Beatriz que quiere asesinarme!... Sí; yo sí lo sé que está conjurada con Giacometto para envenenarme. Son los dos italianos. Son como aquellos papas que envenenaban a los cardenales... Los Borgias..., ¿no eran?

FELICITAS.—¡No digas disparates! Tú sí que nos envenenas a todos con tus guisos y no decimos nada.

MYRIAN.—Yo envenenar... Yo... La pobre vieja Myrian que deja su vida en esta casa...; esta casa, a la que ha de venir un castigo del cielo... No hay quien crea a Dios en esta casa... ¡No hay Dios en esta casa!... ¡No puede ser una casa sin Dios!... ¡Vendrá un castigo!... ¡Yo he de verlo! ¡He de verlo! Vendrá un castigo..., un castigo muy grande...

JACOB.—No nos aterres con tus profecías, Myrian, y no nos hagas comer tarde...

MYRIAN.—Y pongo el mantel sucio, y esos señores dirán: ¡qué mujer será ésta que tienen en esta casa!

FELICITAS.—¡Qué más da el mantel!... ¡Se ponen servilletas encima!

MYRIAN.—Las servilletas están más sucias que el mantel.

FELICITAS.—; Cállate! Vamos, Jacob, vamos nosotros a lavar el mantel y las servilletas... ; Por no oírla!

MYRIAN.—; Lavar..., lavar!... ; Y cómo se secan?

FELICITAS.—A fuerza de planchas... Como sea... Vamos...

MYRIAN.—; Y la mesa? No hay más mesa para tanta gente que ésta. Yo no puedo arreglarlo sola. Luego dicen que todo está revuelto, perdido...

JACOB.—Nosotros la arreglaremos... Anda ya, Myrian... ; Anda a tu cocina y no profetices!

MYRIAN.—No profetizo... Espero, espero; Dios es fuerte, grande y terrible... (*Sale Felicitas y Jacob recogen todos los papeles que hay sobre la mesa y van dejándolos en la habitación.*)

FELICITAS.—Mejor sería llevarlo todo a tu cuarto...

JACOB.—No; aquí mismo... Tengo que trabajar hoy todavía.

FELICITAS.—No sé cómo te entiendes entre tanto papel. (*Entra Amada, muy descompuesta, con una carta en la mano.*)

## ESCENA VII

### DICHOS y AMADA.

AMADA.—(*Dándole la carta a Felicitas.*) Mira, mira...

FELICITAS.—; Qué te sucede?

AMADA.—He tenido que pegar a Beatriz. Misses Smith me escribe esa carta y me manda ese anónimo en que le dicen que soy yo la que ha escrito otro anónimo a su marido contándole sus paseos por el cementerio inglés con el pintor checo. ; Qué te parece? Los anónimos son de Beatriz. Y este otro también. Misses Smith me escribe insultándome y diciéndome que me va a llevar a los tribunales. ; Ha sido Beatriz: ha sido ella!... Si el padre no la echa de casa, yo seré quien se vaya, y ahora para siempre... ; Esa Beatriz está endemoniada!... Anónimos, embustes, calumnias... A los unos les habla peste de los otros. La esconde a Myrian los cubiertos y le quita el dinero para que crea que es Giacometto, y con Giacometto hace lo mismo, y le dice que ha sido Myrian, para que se peleen y estén a matar siempre. Hay

que escarmentarla. La he dejado encerrada con llave en su cuarto. Aquí está la llave. Hoy no come en todo el día...

JACOB.—¡Es gracioso!...

AMADA.—¿Te ríes?... ¡Pues no tiene maldita la gracia!... ¡Esa chiquilla que no puede negar de quién es hija!...

JACOB.—¡De tu padre!

AMADA.—Hablo de la madre... La italiana: la cristiana. Como todos, hipócrita y mala.

JACOB.—Lo mismo dicen ellos de nosotros. De vosotros, porque yo de judío, de hebreo, como nos gusta decir, no quiero tener nada. Hace tiempo que abominé de mi raza.

AMADA.—¡Ya sabes lo que dice mi padre! Que no hay judío más judío que el que reniega de serlo. Porque si reniega es porque le conviene ser renegado.

JACOB.—Pues tu padre no es tampoco de los que van a la sinagoga...

AMADA.—¿Si es por eso? Ninguno vamos... Ni hay para qué. Pero el espíritu... (*Entra Giacometto.*)

GIACOMETTO.—(*A Amada.*) ¿Por qué has pegado a la Beatriz? Yo diré al padre cuando venga que tú has pegado a la pequeña...

AMADA.—Mira, Giacometto del diablo, no te metas en lo que no te importa...

GIACOMETTO.—¡Me importa!... Sí. Me importa. La Beatriz es como mi hija, y vosotras sois las malas... Beatriz es la pobre Cenerentola de la casa. ¡Dame la llave!... ¡Deja a Beatriz!

AMADA.—No te doy la llave...

GIACOMETTO.—¡Dame la llave!...

AMADA.—¡Si te acercas!...

FELICITAS.—Vamos, ¿qué es esto?... ¡Dale la llave!... Que salga Beatriz del encierro... Ya se lo diremos todo al padre y él verá lo que hace con esa mala pécora...

GIACOMETTO.—No es mala, no es mala. Vosotras sois las malas. ¿Mala porque sabe lo que hacéis vosotras, que andáis con los hombres fuera de casa y a la casa?...

AMADA.—¿Y Beatriz? ¿No sabemos todos lo que hace Beatriz?

GIACOMETTO.—La Beatriz es una paloma del cielo...

AMADA.—Beatriz es como tú. Tal para cual. De la misma tierra de traidores. Merecéis a Mussolini...

GIACOMETTO.—Que más quisiera vuestro Káiser que haber tenido un Mussolini...

FELICITAS.—Nuestro Káiser no ha sido nunca nuestro. Nosotros no tenemos reyes ni emperadores...

GIACOMETTO.—Vosotros no tenéis nada. Ni la Santa Madona, ni su hijo bendito, que lo habéis crucificado... No tenéis nada..., nada...

AMADA.—Por eso estás tú con nosotros.

GIACOMETTO.—Estoy por lo que estoy... ¡Desgracia mía! Por la queña, la Beatriz, que la quiero como mis ojos... Dame la llave...

AMADA.—¡Toma! Pero que no se ponga delante de mi vista.

GIACOMETTO.—No se pone; no se pone... ¡Desgracia mía! (*Sale.*)

AMADA.—Han traído este radio para el padre... Podemos abrirlo. ¿verdad?

JACOB.—Sí; me encargó que se vieran todos los telegramas y cables que llegaran durante su ausencia...

AMADA.—¿Entonces? (*Abriendo y leyéndolo.*) “Llego jueves 24.—Ester.”

FELICITAS.—¿De la madre?

AMADA.—¡Esto nos faltaba! ¡Y no estando el padre!

FELICITAS.—¿A qué vendrá?

AMADA.—Para disgustos... Como siempre.

JACOB.—No; ya podéis figuraros... Que quiere estrenar la nueva obra del maestro... Será la condición que la imponga alguna agencia para sus contratos...

FELICITAS.—El padre no quiere que mamá le estrene sus obras. Dice que no tiene voz.

JACOB.—Es siempre una gran artista. Unica. El maestro debe acceder. Con sus años y todo, no creo que haya otro intérprete mejor para esta obra. Hoy no hay artistas como vuestra madre. Vosotras no podéis juzgarla. No la habéis oído...

FELICITAS.—En casa, alguna vez que ha cantado por gusto...

JACOB.—No es lo mismo: no es nada. Los grandes artistas sólo con el contacto del público vibran. Yo os digo que vuestra madre es una inmensa artista. Mi padre tenía adoración por ella, por la artista. De la mujer ya no hablaba lo mismo. Yo no me he acercado a ella nunca. La oí en Berlín muchas veces en obras de Wágner, en algunas del maestro, en el “Fidelio”, de Beethoven; en “Las Bodas de Fígaro”, de Mozart. Lo bastante para admirarla... Quisieron presentarme a ella... Yo no quise... ¿Para qué exponerme a que me desilusionase como mujer la que tanto admiraba como artista? Recordaba lo que de ella había oído a mi padre.

FELICITAS.—Pues ahora no tendrás más remedio que conocerla.

JACOB.—No tendré más remedio.

AMADA.—Si viene de buenas, es encantadora... A nosotras siempre nos trae muchos regalos...

FELICITAS.—Nos quiere a su modo.

AMADA.—Para lo poco que ha vivido con nosotras...

JACOB.—Yo creo que os quiere más que vosotras a ella...

FELICITAS.—No podemos quererla mucho... ¿Para qué engañar ni engañarnos?

AMADA.—No es como con el padre. Aunque siempre estamos de pelea... Con él siquiera hemos peleado... Ya es algo en la vida... Es el mejor modo de conocerse.

FELICITAS.—Dice que llega el jueves, ¿no es eso?

JACOB.—Sí; pasado mañana.

AMADA.—Y el padre sin escribir. Sin que sepamos dónde está.

JACOB.—Estará en Londres. Tiene allí asuntos financieros de alguna importancia.

## ESCENA VIII

DICHOS, ELIAS y SALOMON, vestidos con elegancia afectada.

ELIAS.—(Saludando.) Señoritas...

SALOMON.—(Idem.) Señoritas...

JACOB.—Voy a presentarles a ustedes... Las hijas del maestro Werner: Felicitas, Amada... (Presentando a ellos.) El profesor Salomón Dantés, el glorioso violoncellista. (Haciendo señas de inteligencia a Felicitas y Amada.) de quien tanto habéis oído hablar a vuestro padre.

FELICITAS.—Sí, sí; siempre habla de usted...

SALOMON.—¡Gran amigo!

JACOB.—(Presentando a Elías.) El señor... No recuerdo su nombre...

ELIAS.—Elías Kraus.

JACOB.—¿Kraus? (Presentándole.) ¿También músico?

ELIAS.—No: biólogo. Doctor en medicina, especializado en biología. Pero mi gran afición es la música.

JACOB.—Lo mismo me sucede a mí. Mi profesión es la música, pero mi gran afición es la ruleta...



ELIAS.—; Oh, la ruleta! ; Hay más relación entre la música y la ruleta de lo que parece. Yo he estudiado mucho también sobre la ruleta!...

JACOB.—; Le habrá a usted costado mucho dinero!...

ELIAS.—; Oh, no! Prácticamente, nunca. Tengo una combinación de fórmulas algebraicas que es infalible. Ya hablaremos de esto. Muy interesante. ; Supongo que no tendrán ustedes noticias del maestro? Lo conozco mucho, de mucho tiempo. Cuando se pierde por el mundo, nadie sabe de él. De pronto reaparece con alguna obra maestra bajo el brazo. Es extraordinario. ; Qué orgullosas estarán ustedes de tenerle por padre!

AMADA.—El dice que no está muy seguro...

FELICITAS.—; Amada! ; No empieces a disparatar! ; Qué pensarán estos señores? (*Entra Myrian con mantel, servilletas y servicio de mesa*).

MYRIAN.—; Puedo poner la mesa?

FELICITAS.—Sí; cuando quieras. ; Por fin hay mantel?

MYRIAN.—Chorreando, pero al menos limpio. Y servilletas también. ; Dios grande, Dios nuestro!

FELICITAS.—Trae, yo te ayudaré, vieja gruñona...

JACOB.—; Quieren ustedes tomar algún aperitivo?

ELIAS.—Por mí, no; gracias.

SALOMON.—Yo tampoco.

ELIAS.—Aun hay otra hermana, ; no es verdad?

FELICITAS.—Hay muchas. Pero aquí sólo hay otra también, más pequeña. Hermana de padre: Beatriz. La madre era italiana; una gran cantante: la Ricci.

SALOMON.—; Ah, sí! ; la he conocido mucho. Se suicidó en Florencia, en el teatro. Fué un gran escándalo. Y esta pequeña hermana de ustedes, ¿es hija suya? La madre era muy hermosa mujer... ; Qué historias!

MYRIAN.—Cuando ustedes quieran. Voy a buscar a Giacometto... Siempre se pierde...

FELICITAS.—Cuando ustedes gusten. Siéntense ustedes.

ELIAS.—Con permiso...

FELICITAS.—(*A Salomón.*) Usted aquí. No sé qué nos darán de comer. La casa no es un modelo de orden.

ELIAS.—Casa de arte; ; todo a lo bohemio!, ya se sabe...

AMADA.—Aquí se bebe mejor que se come...

ELIAS.—; Ah, sí! El maestro es gran bebedor... Como en todo, ; admirable!...



## ESCENA IX

GIACOMETTO entra con BEATRIZ. La trae casi arrastra.

GIACOMETTO.—Ven con tus hermanas. Pídelas perdón. (A Amada.) Deja sentarse a la pequeña. Déjala...

AMADA.—¡No quiero verla! ¡No quiero verla!... ¡Para qué la traes!... ¡Que se quite de mi vista!

BEATRIZ.—¡Pobre de ti si me pegas!

AMADA.—(Le tira un plato.) ¡Toma!...

BEATRIZ.—(Coge un cuchillo y se abalanza sobre Amada. Todos corren a separarlas.) ¡Te mato!

JACOB.—¡Beatriz!

ELIAS.—¡Señoritas!

FELICITAS.—¡Es una furia!

AMADA.—¡Hay que matarla!

JACOB.—¡Vamos, vamos! (A Giacometto.) ¡Anda, llévatela!

GIACOMETTO.—Ven conmigo. Pero tiene razón. Todos son malos con ella.

MYRIAN.—(Que ha entrado un poco antes y ha oído a Giacometto.) ¡Ella es la mala! ¡Hijo del diablo!

GIACOMETTO.—¡Calla tú, bruja! ¡Hija de Judas!

MYRIAN.—¡Italiano sucio! ¡Hijo de Sodoma!

GIACOMETTO.—¡Si no mirara que eres vieja!...

MYRIAN.—¡Atrévete, atrévete conmigo! Con las mujeres viejas te atreverás tú, italiano, italiano...

JACOB.—Silencio y fuera de aquí todos... Andando. Tú, Giacometto, llévate a Beatriz... (A Felicitas.) Y tú calla.

BEATRIZ.—Me iré de esta casa; nos iremos los dos.

MYRIAN.—Yo seré quien se vaya a morir de hambre, pero no estar más aquí. ¡Casa del demonio! ¡Casa sin Dios! (Salen Giacometto, Beatriz y Myrian.)

FELICITAS.—Me voy a mi cuarto. Yo no almuerzo.

AMADA.—Tampoco yo.

JACOB.—Pero Felicitas, Amada. Estos señores...

FELICITAS.—Me tienen sin cuidado. En esta casa no se puede vivir. Tú verás: si no vienes conmigo, me iré yo sola.

AMADA.—Yo también; hoy mismo. Volveré con Fritz a Varsovia, a Rusia, me es lo mismo. ¡No puedo más! (*Salen las dos, y Jacob detrás de ellas diciendo:*)

JACOB.—¡Vamos, por favor; estáis locas!

## ESCENA X

ELIAS y SALOMON.

ELIAS.—Yo creo que al venir a este lugar de Suiza hemos equivocado el sitio y hemos dado en Locarno.

SALOMON.—En plena Conferencia de la Paz, ¿no es eso? (*Vuelve Jacob.*)

JACOB.—(*Sentándose.*) Ustedes perdonen... ¡Estas muchachas! No crean ustedes que están siempre así...

ELIAS.—Por supuesto...

JACOB.—No; están peor otras veces...

ELIAS.—Muchachas jóvenes... Hay envidias... (*Tocando el mantel.*) ¿Es muy húmeda esta región?

JACOB.—No; ¿por qué?

ELIAS.—El mantel está húmedo.

JACOB.—¡Ah, sí! Con el lago cerca y la nieve de las montañas, hay humedad...

ELIAS.—¿Y la ropa de la cama está lo mismo? Yo soy artrítico, y la humedad me perjudica...

JACOB.—No tenga usted cuidado. Las sábanas no se lavan tanto...

SALOMON.—¡Oh! Eso es un cuento judío. Le advierto a usted que no me hacen gracia los cuentos judíos. Todos a base de avaricia y de suciedad, que, después de todo, no son nuestros mayores defectos.

JACOB.—Es verdad. No son los mayores.

SALOMON.—¿Usted no es de nuestra raza también?

JACOB.—Soporto esa desgracia. Nadie elige su raza, ni su patria, ni sus padres, ni su físico, ni su alma...

ELIAS.—¡Determinista! Entonces, usted, ¿qué cree?

JACOB.—¡Que se vive y que se muere!...

ELIAS.—El maestro Werner no cree como usted.

JACOB.—¡El maestro! ¡Cualquiera sabe lo que cree el maestro...! ¡Por eso es grande, por eso es admirable!...

MYRIAN.—(*Que entra con una fuente de servicio.*) Yo no sé cómo estará todo. Es una vergüenza para mí esta comida. ¡No puedo más!... ¡No puedo más! ¡Esta casa!... ¡Esta casa! ¡Vendrá el castigo, un castigo grande!... ¡No hay Dios en esta casa!...

FIN DEL ACTO PRIMERO



***ACTO SEGUNDO***





La misma decoración.

## ESCENA PRIMERA

GIACOMETTO y BEATRIZ.

BEATRIZ.—(*Entrando.*) Giacometto.

GIACOMETTO.—¡Oh, mi pequeña!...

BEATRIZ.—¿No hay nadie?

GIACOMETTO.—Nadie; están de paseo... Bella giornata... ¿Tú en casa sola?

BEATRIZ.—Contigo. ¿Quién me quiere aquí más que tú?

GIACOMETTO.—Cuesto e vero...

BEATRIZ.—(*Dándole dinero.*) ¡Toma, para ti!

GIACOMETTO.—No, no... ¿Qué es esto?... ¿Dinero?... ¿Dólares?... ¿De dónde has tomado esto?...

BEATRIZ.—¿Qué te importa? Es mío... Pero si yo lo tengo me lo quitarán mis hermanas. ¡Mis hermanas!... Esas...<sup>8</sup> Felicitas y Ama-

da. Las hijas de ésa... Del padre no creo que lo sean... ¡Con esa mujer!... Todos los hombres le gustan... Anoche, después de comer, estaba en el jardín sola, con Jacob... Los vi yo... Se besaban... Estoy segura... Se lo llevará... Se lo quitará a Felicitas... y al padre... Me alegraré tanto...

GIACOMETTO.—No pienses así, Beatriz. No quiero que seas mala para tus hermanas... Son tus hermanas... Este dinero no es tuyo... El padre no te ha dado dinero... Estoy seguro... Lo has quitado a la señora... Se lo deja todo olvidado... Ella es la que tiene dólares... No puede ser otra en la casa... No está bien, Beatriz... Devuelve este dinero...

BEATRIZ.—No, calla, guárdalo. Mira. (*Enseñándole una cajita de oro y piedras preciosas.*) ¡Es bonita!...

GIACOMETTO.—¡Oh, no; esto no! ¡Tiene diamantes!... ¡Es una joya! ¡Esto, no, Beatriz!... Van a saber que tú lo has quitado, pequeña mía.

BEATRIZ.—Si preguntan haremos creer que ha sido Myrian... ¡Aborrezco a esa bruja!...

GIACOMETTO.—Esta, sí; es odiosa esa vieja... A ésta sí quisiera yo algún día... ¡Silencio..., el maestro!

## ESCENA II

DICHOS y CARLOS, ELIAS y SALOMON.

CARLOS.—Me ha cansado el paseo... ¡Mucho calor!... ¡No es propio de aquí este calor!... ¡Beberemos algo fresco!...

ELIAS.—¡No cree usted, maestro, que ya hemos bebido bastante?

CARLOS.—¡Nunca se bebe bastante!...

SALOMON.—¡Bravo, maestro!...

CARLOS.—Algo fresco... Cerveza...

SALOMON.—Para mí, coñac. La cerveza me enfría...

CARLOS.—Giacometto, trae cerveza bien fresca y coñac, del buen coñac...

GIACOMETTO.—En seguida. (*Sale Giacometto.*)

CARLOS.—(*A Beatriz.*) ¡Ah, estás aquí! ¿No has querido ir con tus hermanas a dar un paseo?...



BEATRIZ.—No; iban con su madre. Tendrían que hablar. Después de tanto tiempo sin verla...

CARLOS.—Sí; mucho tiempo... Podía haber sido más... ¡Para qué habrá venido!... ¡Demonio de mujeres! ¿Por qué habrá mujeres en el mundo? Y para castigo mío nada más que mujeres... ¡Hijas todas!

SALOMON.—Consecuencia de haber aborrecido tanto a las mujeres.

ELIAS.—¡Es admirable el maestro!... ¡És todo contradicciones! Su misma música, su obra toda... ¡Hace lo contrario de lo que admira!...

CARLOS.—Lo que admiro ya estaba hecho. No había para qué repetirlo. (*Entra Giacometto con la cerveza y una botella de coñac, vasos, copas... Después de dejar todo sobre la mesa.*)

GIACOMETTO.—Aquí tiene todo, maestro. ¿Manda algo más, maestro?

CARLOS.—Nada más.

BEATRIZ.—(*Cogiendo por el brazo a Giacometto, que va a salir.*) Quiero que demos un paseo...

GIACOMETTO.—Tengo mucho que hacer. Limpiar todo a la cocina: platos, cubiertos...

BEATRIZ.—Para eso está la vieja. Vamos hasta el lago. Tengo que contarte muchas cosas, tengo unas cartas que leerte. Déjalo todo...

GIACOMETTO.—Esta pequeña hace lo que quiere del pobre Giacometto...

BEATRIZ.—Para eso no quiero a nadie más que a ti... Ya lo sabes... (*Salen Giacometto y Beatriz.*)

### ESCENA III

CARLOS, ELIAS y SALOMON.

ELIAS.—(*Bebiendo.*) Prosit...

SALOMON.—(*Idem.*) Prosit...

CARLOS.—(*Idem.*) Salud... (*Un silencio.*)

ELIAS.—Perdón, maestro... Ya sé que no le gusta hablar de sus obras, pero...

CARLOS.—No me pidas perdón para hablarme de ellas... Es a mí

a quien no le gusta hablar, pero me gusta que los demás me hablen...; es más, me molesta que no me hablen de ellas...

SALOMON.—¡Bravo!, maestro... ¡Eso es sinceridad!...

ELIAS.—Entonces sin tener por qué perdonarme... ¿Cuándo oiremos la nueva ópera?... El mundo entero está pendiente del estreno...

CARLOS.—¡Oh, eso no! El mundo entero... Nuestro pequeño mundo: de artistas, de amigos y de enemigos. Ese, sí; un mundo muy pequeño, al que yo no he dado nunca la menor importancia. Yo trabajo para algo más grande que ese mundo. Trabajo para mí; y no hay aplauso que me enorgullezca como el mío, ni desprecio para mis obras que me anonade tanto como el que yo siento por ellas. Muy pocas veces..., lo confieso; en horas de abatimiento pasajero, más bien cansado por debilidad física... Pero, ¿quién sabe si en esas horas no es cuando percibimos claramente lo precedero de nuestra obra, el juicio anticipado de la posteridad, que tal vez le sea adverso!...

ELIAS.—¡Oh, no, maestro!... ¡La obra de usted es imperecedera!...

SALOMON.—¡Para gloria nuestra, de nuestra raza!...

CARLOS.—Mi buen Salomón, dejemos nuestra raza. No es hora de razas, ni de patrias; es hora de planos espirituales...

SALOMON.—Yo tengo siempre el orgullo de nuestra raza...

CARLOS.—Yo tengo siempre el orgullo de mí mismo...

SALOMON.—Me apena oírle hablar así, maestro.

CARLOS.—No lo niego; soy un descastado y un desgastado al rodar tanto por el mundo. Como todos nosotros, ¿En dónde está ya la unidad de nuestra raza? Ni siquiera en la religión, que hemos olvidado cuando no cambiado por otras más prácticas o más llevaderas en los países en que por necesidad de nuestra conveniencia habíamos de establecernos. La pureza de nuestra raza ya sólo se encuentra—¡lastimoso encuentro!—en aquellos harapientos hebreos que van todavía a apoyar sus greñas grasientas sobre el Muro de las Lamentaciones; allá en Jerusalén... ¡Jerusalén!, que, aparte el famoso Muro, lo que tiene más nuestro es el ser como tenderete de ropavejero judío, feria de los harapos de todas las religiones...

ELIAS.—¡Usted ha estado en Jerusalén, maestro!...

CARLOS.—De niño, de muy niño, con mi madre, que me llevó con ella a rezar y a llofar sobre el Muro famoso. No lo he olvidado. Mi madre era creyente; en nuestra casa se leía la Biblia y el Talmud y se observaban todos los ritos de nuestra religión. Mi madre fué poco después asesinada en Rusia—asesinada es decir

poco—, en uno de aquellos programas que organizaba la policía zarista para desviar los odios del pueblo haciéndole creer que de todos sus males la culpa era de los judíos. Para los que hayan presenciado alguna de aquellas feroces persecuciones, todo lo que después ha pasado en Rusia: crueldades, martirios, hambre; el asesinato de la familia imperial, que a tantas almas sensibles ha estremecido; la muerte del zarevich, el pobre enfermito inocente; de sus hermanas las grandes duquesitas; todo horrible, sí, monstruoso; pero..., ¿y lo que allí padeció nuestra raza?, ¿y lo que allí padecieron millares de criaturas humanas?... Sí; si alguna vez he creído, he creído... Ha sido al leer los horrores de esa revolución, porque en todo ello he visto más que nunca a nuestro Dios: el Dios de las venganzas, justiciero, terrible; el Dios del día de la ira, el que en una hora sola de ese día sabe aventar los siglos en pavesas...

SALOMON.—¡Por fin! ¿Lo ve usted? A pesar suyo habla por usted nuestra raza...

CARLOS.—Un momento de exaltación, para reírme después yo mismo...

ELIAS.—Creo que su nueva ópera es una exaltación de nuestra raza, del sionismo...

CARLOS.—Sí; para terminar también en una carcajada. Sobre el himno triunfal de arpas y tubas irrumpe el jazz-band más desenfrenado en todo su más chabacano estrépito... Cuando más parece el triunfo del espíritu, se ve que el espíritu es el espíritu comercial. Lo que ha sido nuestra emigración sionista en Palestina. Ibamos a Jerusalén y nos quedamos en Tel Avi; ibamos a reconstruir el templo y hemos construido villas, casinos, cabarets, con el comercio de fruslerías inherente... Los ingleses quisieron devolver Palestina a los judíos y por poco no se la entregan a los alemanes... Porque todos los alemanes no son judíos; pero bien puede asegurarse que todos los judíos son alemanes... El espíritu de nuestra raza errante, al vagar por el mundo no ha encontrado encarnación más adaptable a su espíritu que la alemana. El asunto Dreyfus, que en otra parte hubiera sido imposible, o hasta hubiera parecido ridículo, tuvo por esto, en Francia, su más lógica explicación. El odio al judío hubiera sido indigno de una nación civilizada; el temor al alemán era un natural instinto patriótico.

SALOMON.—(Algo ofendido.) Usted no tiene por qué quejarse de los alemanes. En ninguna parte como en Alemania se le admira.

CARLOS.—¡Señor! No es que me queje. Ni porque me admiren había yo de cerrar mi entendimiento a sus defectos ni a los de

nadie. Yo no he supeditado nunca mi inteligencia a nada ni por nadie, ni a mi raza, ni a mi patria, ni a mis padres, ni a mis hermanos, ni ahora a mis hijos, ni a mi obra misma, que es más que todo eso. Y dejemos ya nuestra raza, que a mi buen Salomón le molesta verme tan poco apegado a ella y no quiero disgustarle. Mi buen Salomón, más coñac... (*Va a servirle coñac y viendo que la botella está vacía.*) ¡Bien, amigo, ni gota!... Una botella: bien..., bien...

SALOMON.—Debo advertirle, querido maestro, que por distracción sin duda ha sido usted el que ha estado vertiendo el coñac en el bock de cerveza y ha sido usted el que se ha bebido casi toda la botella...

CARLOS.—No; lo hubiera notado... ¡Qué broma!... ¡Este Salomón!... ¡El gran violoncellista!... (*A Elías.*) ¿Usted no lo ha oído nunca? Entre el arco en sus manos y las cuerdas del instrumento pone a Mozart y a Beethoven y en un instante los hace picadillo...

SALOMON.—¡El maestro... qué bromista!... ¡Si yo le dijera lo que dicen en Munich de su música!...

CARLOS.—Si yo te dijera a ti que eres el más perfecto imbécil que he conocido...

SALOMON.—Admirador incondicional tuyo... Me han roto muchas veces la cabeza por defender tu música...

CARLOS.—Eso sí, y tengo que agradecerte que no la hayas interpretado nunca...

SALOMON.—(*Riéndose.*) Cualquiera creará que nos peleamos; con lo que yo quiero al maestro...

CARLOS.—También yo a ti; también yo a ti; lo que no te libra de ser un imbécil... (*Los tres se rien dando muestras de que ya están un poco embriagados; y comienzan a cantar.*)

CARLOS.—¡Giacometto, Giacometto! ¡Oh, nadie oye!... ¡No viene nadie!... ¡Giacometto!...

ELIAS.—(*Se levanta como para ir a buscarle.*) Iré yo...

CARLOS.—No; ya vendrán. (*Saca un revólver y dispara tres tiros al techo. Salomón y Elías permanecen inmutables. Después de un momento, a Salomón, riéndose.*) ¡No viene nadie!

SALOMON. { (*Riéndose también.*) ¡Nadie!...

ELIAS. {

cometto!... ¡Myrian!... ¡Giacometto! (*Entra Myrian.*)

CARLOS.—Es que están acostumbrados... Iré a buscarlos... ¡Giacometto!... ¡Myrian!... ¡Giacometto! (*Entra Myrian.*)

## ESCENA VI

### DICHOS Y MYRIAN.

MYRIAN.—¿Qué quieres? No está Giacometto. Se ha ido a pasear con Beatriz. ¿Qué quieres?

CARLOS.—¡Sirvenos coñac, pronto!...

MYRIAN.—¿Más bebida? ¡Está bueno!... ¡Morirás, cualquier día, morirás!

CARLOS.—¡Calla, vieja Ezequiel! ¡Esta Myrian! (*Cogiéndola del brazo y presentándola a sus amigos.*) Aquí tienes, Salomón. Esta es la pureza de nuestra raza. También ha llorado en el Muro de Jerusalén. Y ha escapado de milagro a las matanzas de Rusla. Ella puede contarles de algunas... En la que mataron a mi madre...

MYRIAN.—¡Calla, calla; no recuerdes ahora!...

CARLOS.—(*Cogiéndola y sentándola en el suelo casi a la fuerza.*) Sí; cuenta, cuenta...

MYRIAN.—(*Queriendo marcharse.*) ¡No; deja, deja; misericordia!...

CARLOS.—Lo cuenta muy bien... ¡Aquello de los niños!... ¡Anda, vieja, cuenta!...

MYRIAN.—¡Qué gusto, oír contar!...

CARLOS.—Ya sabes que me gusta oírtelo... ¡Lo cuentas muy bien!... ¡Cuenta, cuenta!...

MYRIAN.—¡Misericordia!... A los niños de pecho en brazos de las madres, para quitarles del pecho, los pinchaban así..., con bayonetas y con sables..., lo mismo que tú pincharías un bocadito bueno con un tenedor... Y forzaban a las mujeres delante de los maridos...; las hijas delante de los padres..., y matar..., matar..., matar... por todas partes... Pero no matar como se dice..., después de muchos tormentos... Yo no sé cómo podían ya inventar tantos tormentos... A tu madre... ¡Oh, no; no!... ¿Por qué quieres que cuente?...

CARLOS.—¡Cuenta, cuenta!... Es lo único que me hace creer en nuestro Dios... Porque luego, luego... fué la venganza... ¡Luego fué la revolución!...

MYRIAN.—¡Luego fué Dios!... ¡Siempre es Dios a lo último!  
¡Siempre es suya la palabra última!...

CARLOS.—¡Eso sí, vieja Myrian; eso sí!... Pero nuestra palabra ahora es: que nos traiga para beber... ¡Esa es la última palabra!... ¡Anda, anda!... (*Empujando a Myrian, que sale.*)

ELIAS.—No, maestro, no; no se bebe más. Hay que trabajar...

CARLOS.—¡Se bebe, se bebe! El trabajo ya se ha ido al diablo con esa mujer...; desde que ha venido esa mujer... ¡Odio a las mujeres!... (*Tose.*)

ELIAS.—¡Vamos, maestro!... ¡Hay aquí mucho humo, mala atmósfera!... Vamos fuera... Al aire...

CARLOS.—Al jardín; vamos... ¡Myrian, Myrian! (*Llamando.*)

ELIAS.—(*Viendo que no viene nadie, le sujeta por sí va a sacar otra vez el revólver.*) ¡No, no!...

CARLOS.—(*Riéndose.*) ¡No tengas miedo!...

MYRIAN.—(*Entrando con cerveza, jarras y botella.*) ¿Qué quieres? ¡Aquí está todo!...

CARLOS.—Llévalo al jardín. Salomón, vamos...

SALOMON.—¡Vamos!... (*Salen los tres cogidos del brazo, canturreando, y Myrian detrás con todo el servicio.*)

## ESCENA VII

FELICITAS, BEATRIZ y GIACOMETTO.

FELICITAS.—¿Qué quieres? ¿Para qué me has llamado?

BEATRIZ.—Tengo que decirte muchas cosas.

FELICITAS.—Enredos tuyos... ¡Déjame en paz!... ¡No quiero oírte!...

BEATRIZ.—Peor para ti... Si yo te quiero a ti... Sí; te quiero... A quien no quiero es a Amada, pero a ti sí...

FELICITAS.—Tú no quieres a nadie...

GIACOMETTO.—No es verdad... Beatriz es buena, cariñosa...

FELICITAS.—¡También tú eres de fiar!... Bueno, ¿qué quieres decirme? Pero ya sabes que no voy a creerte nada...

BEATRIZ.—Peor para ti... A tu madre le gusta Jacob...

FELICITAS.—No empieces con cuentos... ¿Qué sabes tú?...

BEATRIZ.—Que te diga Giacometto... Anoche estaban solos en el jardín. ¿Verdad, Giacometto?

GIACOMETTO.—Yo no he visto nada...

BEATRIZ.—No digas que no lo has visto como yo. Estaban los dos solos. El padre jugaba y bebía como siempre con sus amigos. Amada y tú ya os habíais acostado. Jacob se había despedido también, pero volvió a salir; yo estaba al acecho.

FELICITAS.—¿Cuándo no!... Es tu costumbre... ¡Bueno, aunque eso fuera!... La madre ha venido porque quiere ser ella la que estrene la obra del padre... El padre no quiere, y ella se valdrá de Jacob para convencerle...

BEATRIZ.—Eso, sí... Y para convencerle...

FELICITAS.—No, no. ¡No quiero oírte!...

BEATRIZ.—No me hagas caso y verás lo que sucede. Se llevará a Jacob, te lo quitará, se lo quitará al padre... Será su venganza... Ella sabe que sin Jacob no es nadie; es Jacob el que escribe toda su música.

FELICITAS.—No digas disparates... ¡Pues si el padre no hubiera escrito nada hasta que conoció a Jacob!... No había nacido Jacob cuando el padre ya era lo que es...

BEATRIZ.—Sí, porque antes era el padre de Jacob el que le escribía la música. Le explotaba lo mismo que ahora explota a su hijo. Para tenerle más sujeto le pagaba las queidas, le ofrecía las suyas...

FELICITAS.—Eres una embustera... ¿Qué sabes tú?...

BEATRIZ.—Lo sabe Giacometto... Giacometto, que ya estaba entonces con el padre... Que te lo diga él...

GIACOMETTO.—Yo no sé nada...

BEATRIZ.—No sabes nada... Lo sabes todo... Sabes muchas cosas...

FELICITAS.—No, la casa de Jacob no era como esta casa. Su padre estaba casado, bien casado con su madre. El padre, sí, era mujeriego, tenía amantes; pero su casa no era esto. Jacob no se ha criado como nosotras, sin cariño de nadie, sin importarle a nadie. Pero él y yo nos iremos solos. Nuestra casa será como era la suya; yo seré como era su madre.

BEATRIZ.—Sí; piensa, piensa... A Jacob se lo llevará tu madre. Observa...

FELICITAS.—Yo no soy como tú.

BEATRIZ.—Debías decírselo todo al padre...

FELICITAS.—¿Al padre?... Aunque fuera verdad, ¿qué le importaría?...

BEATRIZ.—Por ella, no; por Jacob. No puede estar sin él; sin



Jacob ya no podría escribir una nota. A Jacob le defenderá contra todos..., contra ti misma, con ser su hija... Tú verás lo que haces si es verdad que te importa Jacob...

FELICITAS.—¿Si me importa?... Me importa más que todo...

BEATRIZ.—¿Entonces?... ¿Verdad, Giacometto, que anoche se bebaban cuando los vinos?

GIACOMETTO.—Yo no he visto nada...

FELICITAS.—¡Déjame, déjame! ; Maldita sea!... ; Maldita!... ¿Por qué me has hecho pensar? Todo será mentira..., mentira..., mentiras tuyas... ; no es verdad nada...

BEATRIZ.—¿Sabe la madre que tú quieres a Jacob?...

FELICITAS.—No, no lo sabe... Yo no le he dicho nada. En estos días, desde que ella ha llegado, Jacob y yo apenas hemos hablado...

BEATRIZ.—¿Entonces?... Si ella no sabe nada... Díselo que le quieres. Es tu madre; te dejará a Jacob. ¿o no estás muy segura?

FELICITAS.—¡Calla, calla!... Déjame. déjame... ; no quiero oírte. (*Sale.*)

## ESCENA VIII

### BEATRIZ y GIACOMETTO

GIACOMETTO.—¿Por qué le has dicho nada?... y ¿por qué me haces mentir como un "mascalzzone"?... Tú sabes que yo no sé nada, que no he visto nada; que eres tú la que dices que has visto... Yo no lo creo... ; No seas mala, Beatriz!... ¿Por qué disgustas a tu hermana? Ahora hablará con el padre, con la madre, con Jacob... Tú verás los disgustos...

BEATRIZ.—Es verdad, es verdad; todo lo que he dicho es verdad... Se lo he dicho por su bien, porque la quiero... Felicitas es mejor que Amada; Amada es...

GIACOMETTO.—(*Viendo llegar a Amada.*) Es muy buena también... Mira; es muy buena...



ESCENA IX

DICHOS y AMADA, con un telegrama en la mano y muy agitada.

BEATRIZ.—¿Qué te sucede?

AMADA.—¿Qué te importa!...

BEATRIZ.—No me hables así... Yo te quiero; sí, te quiero...

Tú no eres como Felicitas. A ti sí te quiero... Giacometto lo sabe... Dile tú...

GIACOMETTO.—¡Basta, basta!...

AMADA.—¿Dónde está Felicitas?...

BEATRIZ.—No sé... En su cuarto...

AMADA.—¡Tengo que irme!... Hoy mismo..., ahora mismo... ¡En el primer tren!...

BEATRIZ.—¿Con Fritz otra vez?... ¿Ha hecho ya la revolución?

AMADA.—¡La revolución!... Me telegrafía...; está preso. Al llegar a Varsovia los detuvieron a él y a sus amigos...

BEATRIZ.—¡Pobre Fritz!... ¡Alguna delación!...

AMADA.—¿Qué delación?...

BEATRIZ.—Sí, sí; no hay duda. Hay espías en todas partes. Habláis de todo delante de Myrian.

AMADA.—¿De Myrian?... ¡Qué importa esa vieja imbécil!...

BEATRIZ.—Habla con mucha gente que va y viene de todas partes: de Alemania, de Rusia...

AMADA.—¡Déjame de enredos!... ¡No se trata de espías ni delatores; es que Fritz es un loco!... Sus amigos no eran comunistas; eran unos vulgares estafadores. Eso es todo, y Fritz se ha comprometido con ellos. Voy a salvarlo, sea como sea. Tendré que pedir dinero al padre...

BEATRIZ.—El padre no creo que esté para pedirle dinero...

AMADA.—A la madre entonces...

BEATRIZ.—Eso es más fácil... Tu madre sí debe tener dinero...

AMADA.—Antes quiero hablar con Felicitas... ¿Estás segura de que está en su cuarto?...

BEATRIZ.—Sí; en su cuarto debe estar. También está triste... Por Jacob y tu madre... No sé... Quería decirme algo..., pero yo no quiero saber nada... Luego me echáis la culpa de todo...

AMADA.—Voy a buscarla... *(Sale.)*

## ESCENA X

### BEATRIZ Y GIACOMETTO.

GIACOMETTO.—¡ Beatriz, Beatriz!

BEATRIZ.—¡ Calla! ¿ No dices que me quieres?

GIACOMETTO.—Sí; te quiero..., ¡ te quiero!...; ¡ pero no está bien lo que haces, no está bien!...

BEATRIZ.—¿ Qué hacen todos conmigo?... ¿ Qué soy yo en esta casa? Mira mi vestido, mis zapatos... El deshecho de ellas... Yo no soy nadie..., no soy nada... La italiana, como ellos dicen..., la cristiana..., y en esas dos palabras me escupen todo su desprecio y todo su odio...

GIACOMETTO.—Eso es verdad... A mí también...

BEATRIZ.—¡ Entonces!... Tú conmigo, siempre conmigo, y podremos contra todos. (*Viendo llegar a Ester y a Jacob.*) Ven... ¿ Desde dónde podríamos oír lo que hablan?

GIACOMETTO.—¡ Aquí no es posible!...

BEATRIZ.—Ven conmigo..., ya encontraremos... (*Salen.*)

## ESCENA IX

### ESTER Y JACOB.

ESTER.—¡ Nos han dejado solos!... ¿ No venían Felicitas y Amada detrás de nosotros?... ¡ Yo creí que nos seguían!...

JACOB.—A Felicitas la llamó su hermana Beatriz...

ESTER.—¡ Su hermana!...

JACOB.—Beatriz... Se fueron juntas... Amada se encontró con un ordenanza de Telégrafos, que le entregó un telegrama, y echó a correr hacia la casa...

ESTER.—Y yo sin enterarme de nada... Lo que es estar distraída en una conversación interesante. Interesante para mí; para us-

ted... no sé. Aun no me ha dicho usted si cree usted también, como el maestro, que yo no puedo interpretar su obra...

JACOB.—Nada de eso; creo que sólo usted puede interpretarla.

ESTER.—Si hubieran surgido nuevas artistas en estos años... Pero usted me dirá si hay alguna... Usted me oyó en Berlín, según me ha dicho, hace...

JACOB.—No recuerdo los años...

ESTER.—Yo sí recuerdo..., por las fechas de mis contratos; pero no quiero acordarme... Años... Físicamente me encuentra usted otra. Aquí no hay el engaño del colorete; usted ve que fuera de escena ni me pinto. Física y espiritualmente mi lema ha sido siempre la verdad. Artísticamente..., sí..., no digo... En las notas graves, sin perder en volumen, he perdido en seguridad; pero mi perfecta escuela de canto me permite soslayar el peligro que yo sola conozco, y en representaciones extraordinarias, en esas noches en que el espíritu se sobrepone a todo, cuando yo quiero, en fin—y la voluntad me ha obedecido siempre en la vida—, en noches así soy la artista de mis mejores años, la que usted oyó en ese "Fidelio" que, según usted dice, no ha podido olvidar... El maestro no es que no crea en mí; es que estará comprometido con alguna agencia que le habrá impuesto una artista determinada que le convendrá lanzar, y ¡qué mejor ocasión que una obra del maestro! En todo ello habrá dinero por medio... El maestro, de puro despreciar el dinero, no repara muchas veces en su procedencia. Sólo usted podría convencerle... Usted sí cree en mí, ¿verdad?...

JACOB.—¡En absoluto!

ESTER.—De estrenar la obra depende mi vida artística durante tres o cuatro años; los que pienso seguir todavía en el teatro. Después..., a envejecer..., a morir... El maestro, iba a decir, le quiere a usted mucho, y se iba usted a reír; el maestro no quiere a nadie...; bueno, le estima a usted mucho por lo que necesita de usted. No tendrá usted otras ilusiones... Necesita de usted; siempre ha necesitado de alguien...

JACOB.—Yo pongo al servicio del maestro, en primer lugar, mi admiración y mi entusiasmo; después mis conocimientos musicales. Pero sin él yo sé que todo eso valdría muy poco... ¡El maestro!... Aunque no escribiera una nota; basta con oír exponer alguna de sus maravillosas concepciones para sentirse espoleado por la inspiración, para elevarse al nivel suyo como raptado nuestro espíritu en vuelo sobrenatural,

ESTER.—Le admira usted mucho, y acaso le quiere. ¡Si a sus años fuese usted ya incapaz de querer!... ¡Sentiría desilusionarle,

pero pierde usted el tiempo; lo mejor de su vida... Usted solo... director de una gran compañía de ópera y conciertos... Yo cuento con empresas que pondrían a su disposición, a nuestra disposición, todo el dinero que usted quisiera. En pocos años... Con el maestro, en esta casa, ¿qué puede usted esperar? Y el maestro... Yo sí que no creo en él. Le explota a usted como explotaba a Samuel Garner...

JACOB.—Era mi padre.

ESTER.—¿Es usted hijo de Samuel Garner? Entonces... ya sabe usted...

JACOB.—Sí.

ESTER.—¿Pero no lleva usted su apellido?

JACOB.—No; llevo el mío. Mi nombre; el que yo me he dado a mí mismo, el que debo a mi arte...

ESTER.—El de su padre de usted era célebre y glorioso... ¿Por qué no ostentarlo? ¿Es que—sentiría ofenderle a usted—su padre de usted estaba casado?

JACOB.—Con mi madre. Soy hijo de su matrimonio. Y yo, que no tengo preocupaciones de ninguna clase, no he podido prescindir de ésta... Siempre digo con orgullo que mi madre era la legítima esposa de mi padre, que tantas mujeres tuvo en su vida y tantos hijos con ellas...

ESTER.—Entonces, ¿por qué no quiere usted llevar su apellido?

JACOB.—Porque..., la verdad..., yo a mi padre no le he querido nunca, tal vez por lo que hizo padecer a mi madre. A mi madre, sí... La perdí muy pronto..., pero me acuerdo siempre de ella. Con ser el cristianismo nuestra religión enemiga es lo único que yo he admirado siempre en esa religión: la figura de la Virgen Madre con el Niño Dios en los brazos... Así me acuerdo yo siempre de mi madre, así me veo yo en sus brazos: ella mi Virgen madre, y yo su niño Dios...

ESTER.—No; usted no es como el maestro... Tiene usted corazón. Del matrimonio de su padre, ¿es usted hijo único?

JACOB.—Hubo otro que nació antes que yo y había muerto cuando yo nací.

ESTER.—Supongo entonces lo que sería usted para su madre. ¿Para su padre no?

JACOB.—; Mi padre estaba tan poco tiempo con nosotros! Viajaba mucho, como el maestro...

ESTER.—Ahora comprendo... Al verle a usted me decía yo: esta cara..., todo el aire de su figura... Sí; ahora veo. Se parece usted mucho a su padre. Yo le conocí mucho. Dirigió muchas veces en

teatros donde yo actuaba; como el maestro Werner. Juntos hemos hecho largas temporadas en Berlín, en Hamburgo, en Viena... Algún tiempo en América...

JACOB.—Desde que murió mi madre—era yo muy joven todavía— apenas volví a ver a mi padre...

ESTER.—Entonces..., ¿no fué él quien le dejó como sucesor suyo al maestro?

JACOB.—No; al maestro le conocí, cuando ya había muerto mi padre, en Munich. Buscaba alguien para que le instrumentase sus obras; le hablaron de mí, me presenté a él, ojeó ligeramente algún trabajo mío..., y aquí estoy.

ESTER.—¿El sabía que era usted hijo de Garner?

JACOB.—Sí; se lo habían dicho. Pero nunca me ha recordado a mi padre ni hemos hablado nunca de él.

ESTER.—¿Pedir gratitud al maestro sería demasiado! ¿Cómo podría yo convencerle a usted!

JACOB.—¿Convencerme de qué?

ESTER.—De lo que le he propuesto. Esa empresa... No pienso sólo en el dinero, pienso en el arte. Al lado del maestro siempre será usted el colaborador anónimo. Toda la gloria para él. Piénselo usted y no le asuste a usted si puede parecerle una traición al maestro. No es ninguna traición ni a su arte ni a sus afectos. Piénselo usted. ¿Me lo promete?

JACOB.—Lo pensaré...

## ESCENA XII

DICHOS y CARLOS WERNER, que entra.

CARLOS.—(*Llamando.*) ¡Giacometto, Giacometto! (*Al verlos.*) ¡Ah, ya!... Anda, Jacob, avisa a Giacometto y entre los dos traeros a esos hombres. Salomón ronca como un verraco, como si tocara su violoncello; y el biólogo quería cantarme todas mis óperas. Dice que se ha vuelto gramófono, y cuando no canta se echa a llorar, y no sé qué es peor. Para beber hay que saber beber. ¡No puedo con la gente que no sabe beber! Anda, Jacob, busca a Giacometto y traeros a esos hombres y acostadlos... (*Sale Jacob. A Ester, que va a salir también.*) Tú, no; espera.

### ESCENA XIII

ESTER Y CARLOS.

ESTER.—(*Carlos se ríe.*) ¿De qué te ríes? ¡No habrás bebido poco tú también!

CARLOS.—Claro que he bebido, ¡pero yo sé beber! ¡Ya lo ves! ¡No pierdo la noción de las cosas! Me ha bastado llegar y verte aquí a solas con Jacob para comprender, para saber...

ESTER.—¿Qué vas a decir?

CARLOS.—¡Este también! ¡Este también!... ¡Quieres llevártelo también..., como a su padre! ¿Pero no piensas que han pasado muchos años?

ESTER.—Bueno, basta ya! ¡Déjame ir!...

CARLOS.—¡Quieta; no te vas!... ¡Pero si yo quisiera reírme!... ¡Si yo quisiera vengarme de todo!... ¡No tengo que vengarme de nada!... Pero reírme... ¡Si quisiera reírme!... De verdad, ¿no recuerdas los años que hace que conociste a Samuel, a mi amigo Samuel, a mi mejor amigo, al padre de Jacob?

ESTER.—¿A qué viene recordar todo eso? Ahora va a importarte...

CARLOS.—A mí, no; ¡es a ti, a ti a quien te importa! ¡Si tú prefieres que calle!... ¡Y si yo quisiera reírme!... Pero no; aun no he podido desprenderme de ciertos escrúpulos de conciencia... ¿De verdad, de verdad, no recuerdas los años? Yo te los diré. Hace veinticuatro años que te llevaste al padre de Jacob del lado de su mujer y de mi lado; veinticuatro años... ¡Jacob tiene veintitrés! ¡Y quieres llevarte al hijo como te llevaste al padre! ¡Al hijo!... ¡Ten cuidado, ten cuidado!...

ESTER.—Pero..., ¿qué estás diciendo? ¡Déjame, no quiero oírte!

CARLOS.—¡Ten cuidado! ¡Te digo que tengas cuidado!...

ESTER.—¿Es una amenaza? ¿Es que ahora se te ocurre estar celoso?

CARLOS.—¿Yo celoso?... ¡De ti!... Sabes que no lo he estado nunca. No se trata de mí; se trata de ti. Te digo que tengas cuidado, nada más; que tengas cuidado...

ESTER.—¡Bah, estás borracho!

CARLOS.—¡ Si yo callara, si yo callara!...

ESTER.—Pero..., ¿qué quieres decir? ¿Qué has pensado?

CARLOS.—¡ Qué he de creer! ¡ Qué he de pensar! Que te gusta Jacob, como tantos otros; que tratas de seducirle, de llevártelo, y que esta vez tengas cuidado...

ESTER.—¿ Por qué he de tenerlo?

CARLOS.—Tú verás..., porque es tu hijo.

ESTER.—¡ No; miserable!...

CARLOS.—¡ No lo crees!...

ESTER.—¡ Cómo voy a creerlo!

CARLOS.—¿ Ya te has olvidado de todo?

ESTER.—¡ No has podido inventar mayor monstruosidad!

CARLOS.—Está bien. Con mi silencio hubiera podido darme un espectáculo digno de la tragedia griega o de nuestros libros bíblicos. ¡ Eso sí hubiera sido monstruosidad!

ESTER.—¡ No; si no puede ser! El mismo acaba de decirme que es el hijo único del matrimonio de Samuel Garner. Ha conocido a su madre, ha vivido con ella...

CARLOS.—Eso es lo que él sabe; no puede saber otra cosa. Jacob es el hijo que tú dejaste en manos de una mujer cualquiera, olvidado como se olvida el saco de mano, cuando te fuiste con el tenor lindo, como le llamaban en Buenos Airse, y dejaste a Samuel, como me habías dejado a mí antes. Sí; tu hijo. La esposa de Garner había perdido un año antes el suyo, al hijo único de su matrimonio. La esposa de Samuel era un alma bendita, Supo que tu hijo era hijo de su marido, que estaba abandonado, y se lo llevó a su casa; fué madre para él. ¡ Madrel! ¡ Tú no sabes lo que eso! ¡ Jacob no sabe de otra madre! ¡ Tiene esa suerte! Y está bien que no lo sepa. Pero a ti, a ti... sí; creí que debía decírtelo por..., por..., ya te lo dije por qué. Al fin, por despreocupado que sea uno, no puede desprenderse de ciertos escrúpulos sociales, puramente sociales. No vivimos en plena naturaleza, ni entre una humanidad primitiva. Hay que asustarse de algo todavía...

ESTER.—No. ¡ No puede ser! ¡ Aquel hijo murió! Lo sé. ¡ Estoy segura!

CARLOS.—Para ti había muerto desde que nació. Cuando al nacerle a una mujer el primer hijo de esa mujer no nace al mismo tiempo una madre, ya puede tener los hijos que quiera; para ella como si no hubieran nacido. Tú sabes algo de eso...

ESTER.—¿ Y eres tú, eres tú el que te atreves a juzgarme?

CARLOS.—No es juzgar, no es juzgar. Juicios, castigos, eso se queda para el Dios de la vieja Myrian. Pero algunas veces la ca-



sualidad acierta tanto, tanto, como si se hubiera disfrazado de Dios. ¡Y hay que creer!... ¡Hay que creer!...

ESTER.—¡Basta; llama a Jacob! Repite delante de él todo eso que has dicho, todo eso que no es verdad, que no puede serlo. ¡Llama a Jacob o le llamaré yo!

CARLOS.—¡A él, no; a él, no! Ni una palabra. ¡Cuidado! Ni una palabra.

ESTER.—Pues no lo creo; no te creo. Es una infamia que has inventado porque crees que yo pretendo llevarme conmigo a Jacob, porque lo temes..., porque sabes que sin él no podrías ser nada. Y si lo que has dicho fuera verdad, razón de más para separarle de ti.

CARLOS.—¿Por ser su madre? No te seguirá. De eso estoy seguro... A la mujer, todavía... Como mujer aun hubieras podido seducirle; como madre..., ¿cómo iba a quererte por madre? No lo intentes... ¿Te atreverías a decirle?...

ESTER.—¡Pero cómo he podido oírte! ¡Pero cómo puedo pensar siquiera!... ¡No lo creo, no puedo creerlo!; pero me iré de esta casa... con mis hijas...

CARLOS.—¡Ya era hora! Con tus hijas; ¿ya quieres aprender a ser madre? Pero tus hijas, mis hijas, tampoco irán contigo; no querrán ir contigo...

## ESCENA XIV

### DICHOS Y FELICITAS.

FELICITAS.—¡No! Yo no iré nunca. ¡Te irás tú sola! Aunque ya sé que pretendías llevarte a Jacob. ¡No lo niegues! Me lo ha dicho él... ¡El, que se ha burlado de ti! El, que me quiere, que me quiere... ¡Ya lo sabéis! ¡Y es mío, como yo he sido suya!

CARLOS.—¡Qué! ¿Qué dices?...

FELICITAS.—¡Sí; ya lo sabéis! Ella no lo sabía; ya lo sabe también. Como mujer le importará saberlo; como madre no le importará nada.

CARLOS.—¿Pero qué estás diciendo? ¿Que has sido de Jacob? ¿Que has sido suya?



FELICITAS.—Sí, sí; ya lo sabéis. Nos iremos los dos solos fuera de aquí. Fuera de esta casa.

ESTER.—(A Carlos.) Y ahora... Si fuera verdad lo que dijiste...; ahora no soy yo, que nada te importo...; ahora es tu hija, nuestra hija... Ahora ¿te atreverás a mentir todavía? ¿Por qué no le dices a ella lo que me has dicho a mí? Díselo, díselo... que Jacob es...

CARLOS.—(Abalanzándose para no dejarla hablar.) ¡No, no! ¡Calla, calla! ¡A ella, no! ¡Cómo vales a decírselo! ¡Si no es verdad!... ¡No es verdad!...

ESTER,—¡Ah! ¿Lo ves como era una infame mentira, una torpe mentira tuya?...

CARLOS.—Sí. Eso; mentira, mentira; quise burlarme de ti; quise traerte a la realidad del tiempo, de tus años; quise reírme de ti y se me acurrió decirte...; pero, claro, es que todo era mentira; todo mentira... ¡Ya ves cómo me río yo solo!... ¡Y si fuera verdad! ¡Cómo iba a reírme, cómo iba a reírme!...

## FIN DEL ACTO SEGUNDO



**ACTO TERCERO**





La misma decoración.

### ESCENA PRIMERA

CARLOS, JACOB y después FELICITAS. Carlos y Jacob leen papeles de música, que se pasan de uno a otro. Miradas de interrogación en Jacob; de aprobación y satisfacción en Carlos. Entra Felicitas.

CARLOS.—(A *Felicitas*.) ¿No ves que trabajamos?

FELICITAS.—Tengo que hablar contigo. Déjanos Jacob.

CARLOS.—Hablar, ¿para qué?

FELICITAS.—Es preciso.

CARLOS.—Anda, Jacob. (*Sale Jacob.*)

## ESCENA II

CARLOS y FELICITAS.

CARLOS.—¿Qué?

FELICITAS.—Has pensado irte con Jacob, dejarme en esta casa con mis hermanas. Lo has pensado, lo sé.

CARLOS.—Pues bien: sí. Nos vamos Jacob y yo; ya lo sabes. Y aquí os quedáis vosotras con vuestra madre, si quiere quedarse, o solas con Myrian, porque Giacometto viene también conmigo.

FELICITAS.—No me importa de los que se queden; me importa de Jacob, que no se irá, no se irá...; te he dicho que no se irá... No me mires así si no es que me miras para convencerte de que soy hija tuya, y por serlo debes comprender que al decir no se irá es porque no puede irse.

CARLOS.—Está bien; eres hija mía, no lo he dudado nunca. Pero si es él el que quiere separarse de ti...

FELICITAS.—No es verdad, no puede quererlo. Somos Jacob y yo los que saldremos de esta casa, los que os dejaremos a todos.

CARLOS.—¿Estás tan segura de él como estás segura de ti? Jacob vendrá conmigo. Es más hijo mío que todas vosotras. He querido yo que así sea. Vosotras, que ni siquiera habéis nacido del amor..., eso que suele llamarse amor y que yo no he sabido sentir nunca por ninguna mujer, porque ni he podido comprender a ninguna mujer ni ninguna podía comprenderme a mí. Sois hijas de un deseo, de un apetito tan puramente físico como el de alimentarse; eso sí, yo he procurado siempre que la mesa estuviera bien servida. Por eso no os aborrezco del todo; sois como vivos recuerdos de algunas horas agradables de mi vida. Pero yo no soy un materialista aunque lo parezca, quizás por haber procurado siempre divorciar en todo lo posible lo material de lo espiritual; pero como lo material es de todos los días y lo espiritual sólo se logra en contados instantes, y además yo he sido avaro de sus goces y los he atesorado para mí solo, para el mundo, para la gente, para los más íntimos, para vosotras, mis hijas, no he podido parecer otra cosa: un materialista empedernido con todos sus egoísmos. Bien está.

FELICITAS.—No; yo no lo he creído nunca; acaso porque nadie más que yo ha tenido que luchar contra ti.

CARLOS.—¿Contra mí?

FELICITAS.—Contra tu dominio espiritual, que es el alma toda de Jacob, que nunca he podido llamar mía, a la que nunca he podido llegar porque siempre te interponías tú. Yo he querido separarle de ti por todos los medios, persuadirle de tu egoísmo, de la sequedad de tu corazón.

CARLOS.—Y todo ha sido inútil, porque Jacob no me quiere, me entiende, que es algo más que querer; sabe de mí; me quiere como el artista a su obra, el sabio a su verdad, el creyente a su dios. El no ve lo que soy; sabe lo que soy para él. En la admirable religión pagana, los dioses no necesitan más que ser dioses para ser adorados con todas sus imperfecciones, que eran las mismas imperfecciones humanas. No fueron nunca los dioses los que hicieron a los creyentes, son siempre los creyentes los que hicieron a sus dioses. Vosotras, vosotras, las hijas de mi carne, ¿qué veis en mí? A vuestro padre, al padre mujeriego, al padre egoísta, al padre borracho, al padre con todos los defectos del mundo; y después, a un lado, su música, su arte, que ni comprendéis que puedan ser suyos, que no creéis que puedan ser suyos. El discípulo, el que él llama su discípulo, es el que escribe, el que trabaja... Eso es lo que pensáis, lo que creéis de mí... Para él, el hijo de mi verdad, de mi espíritu, el amigo, el amor espiritual..., para ése no hay defectos, ni manchas, ni sombras, para ése es todo luz. (*Sañalando a los papeles de música.*) Mira estos papeles, la materialidad de estos papeles..., mi obra... Apenas si hemos hablado de ella, apenas si nos hemos comunicado un pensamiento... El escribe, escribe...; pero pregúntale si la obra es suya. El sabe que no, que sin mí no sería nada de esto, que sin mí no sería posible la obra.

FELICITAS.—Lo sabe, lo dice. Eres para él como un dios, y yo sé que por ti lo dejará todo... Pero ten compasión de mí, de tu hija, que no será, como tú dices, más que un vivo recuerdo de unas horas de placer en tu vida; pero esta miserable criatura vive, siente y padece, y el cariño de Jacob es toda su vida. Ya que nunca me diste tu cariño, ya que me faltó también el de mi madre, que nunca fué madre para nosotras, no quieras separarme del único cariño de mi vida, el único... Yo no sabía siquiera si tenía un alma, y lo he sabido cuando ya no era mía ese alma... Yo sé que nada puedo contra ti, que para Jacob eres todo, que sólo hará lo que tú quieras; pero ten lástima de mí, no me separes de él;

yo iré con vosotros para ser vuestra esclava, para contemplar vuestra gloria en silencio, callada, humilde, insignificante; ni sabréis de mí con estar siempre a vuestro lado.

CARLOS.—No puede ser. Jacob y yo nos iremos solos. Tú te quedarás aquí.

FELICITAS.—Y antes de que hayáis salido de esta casa sabréis lo que queda de mí en esta casa.

CARLOS.—¡Bah! ¡Tragedias, no! Ya ves que ni la tragedia de nuestra raza la he tomado yo nunca en serio. Pregúntale a Jacob cómo termina en nuestra obra la tragedia de nuestra raza.

FELICITAS.—¿Qué me importa a mí nuestra raza? Me importa de mí, me importa de Jacob. Es mi vida, es toda mi vida.

CARLOS.—¡Si la vida fuera un solo amor!

FELICITAS.—¡Y si yo quiero creer que puede serlo! ¿Dudarías por eso que soy hija tuya? Tranquízate; no es por virtud, que mal podía aprender en vosotros; no es por una moralidad de que no he visto ejemplos; no es por obedecer a preceptos de una religión que desconozco, porque sólo la vieja Myrian me ha hablado de ella, y puedes suponer que mal pudieran convencerme sus supersticiones estúpidas... No... es por lo más bajo, lo más cerca del instinto que puedes suponer, es... porque le quiero con todos mis sentidos, y esos sentidos son toda mi vida. ¿No decías que no éramos para ti más que eso: hijas de tus deseos, de tus apetitos?... Pues así soy; tu hija, como tú me engendraste, una fiera en celo que defiende su presa... ¿Qué te importa? Si su espíritu es tuyo, si tú dominas en su inteligencia y en su corazón... Si yo soy la mejor seguridad para ti de que ninguna otra mujer podrá seducirle; si yo sabré retenerte a tu lado siempre; él, tu hijo espiritual; yo, hija tuya también, y entre los dos toda tu vida, y los dos en adoración ante ti.

CARLOS.—Conmigo los dos. No, no puede ser. No me obligues a que te diga por qué no puede ser.

FELICITAS.—Di mejor por qué no hubiera podido ser.

CARLOS.—Sabes...

FELICITAS.—Sé... lo que dijiste a mi madre por temor a que fuera ella la que pudiera separarle de ti, como separó a su padre. Yo estoy segura de que has mentido. Para nosotros nunca puede ser esa la verdad. Esa verdad es sola vuestra; no puede ser verdad para vuestros hijos, que no podemos aceptar nada de vuestra vida. Si no creemos en vosotros, mal podemos aceptar nada que de vosotros venga. Ya lo sabes. ¿Qué dices?

CARLOS.—Que sabes defender lo que quieres.



FELICITAS.—Soy hija tuya.

CARLOS.—De mi carne y de mi espíritu.

FELICITAS.—Ahora, tú decides... Pero piensas que es de mi vida de lo que decides...

CARLOS.—Llama a Jacob. Hemos de seguir trabajando... De lo demás ya pensaré, ya decidiré. No es de tanta importancia...

FELICITAS.—Mi vida ¿no te importa?...

CARLOS.—Me importa... lo que a él pueda importarle. Ya te he dicho que llames a Jacob. (*Sale Felicitas.*)

### ESCENA III

CARLOS, solo un momento, pasea, se sienta; entra BEATRIZ. Carlos no la mira siquiera. Beatriz se sienta en el suelo al lado de su padre, le coge una mano y le acaricia.

CARLOS.—¿Qué quieres tú también?

BEATRIZ.—(*Mimosa.*) Que me quieras... Desde que has venido apenas me has mirado. Y dicen mis hermanas..., tus hijas, que siempre he sido yo a la que más has querido...

CARLOS.—¿Eso dicen?

BEATRIZ.—Sí; ya ves... No tienen razón. Lo dicen por envidia. A mí sólo me quiere el pobre Giacometto. La vieja Myrian me detesta, tus hijas me odian.

CARLOS.—Mis hijas... Llámalas tus hermanas. Ya me dicen siempre que vengo que os queréis muy poco. ¿Por qué no habéis de quererlos?... Sois hermanas...

BEATRIZ.—Para ser hermanos hay que serlo del todo. Entre nosotras no hay nada que pueda unirnos; ni los recuerdos, ni el haber conocido a la misma madre, ni siquiera el haber rezado las mismas oraciones. De distinta patria, de religión distinta... Ellas que hablan con desprecio de mi madre, yo que miro con más desprecio a la suya... Podemos llamarnos hermanas, no podemos serlo. Para ser hermanas hay que haberlo sido siempre; hay que ser hijos del mismo padre y de la misma madre, en una misma familia, con los mismos recuerdos, alegres o tristes, con la misma vida...

CARLOS.—Es verdad, es verdad. Eso es ser hermanos... De otro modo, ¿qué importa? Como extraños, como extraños...

BEATRIZ.—¿En qué piensas?

CARLOS.—En nuestra religión.

BEATRIZ.—En la vuestra...

CARLOS.—Es verdad... En la que debía ser nuestra. La que dice: las culpas de los padres caerán sobre los hijos... En eso pienso, en mis culpas... Las culpas de los padres...

BEATRIZ.—No deben caer sobre los hijos. ¿Es verdad que te vas con Jacob y te llevas contigo a Giacometto?

CARLOS.—Sí.

BEATRIZ.—Llévame también. ¿Qué va a ser de mí en esta casa donde todos me odian? ¡Oh, deja a Giacometto conmigo! Nos iremos los dos a Italia. El tiene allí familia, en Venecia; una hermana suya tiene una hospedería; le ha llamado muchas veces; es viuda y quiere tener con ella a su hermano. Yo estaría con ellos en Italia... En esta casa no puedo vivir; déjame ir con Giacometto... Por la memoria de mi madre que te quiso tanto..., que se mató por quererte... Lo sé... No quieras que me mate yo también por no quererme tú como a ella... Déjame ir, déjame ir.

CARLOS.—Sí, hija mía. Es la hora en que la vida os llama. Vuestra vida, que no puede ser la de vuestros padres, porque vuestros padres no han sabido hacer una casa en que reteneros. No, esto no es una casa; es un alojamiento... que mal puede pagarse con cariño ni con respeto. ¿A quién vais a querer aquí, a quién ibais a respetar? Tienes razón, tienes razón. (*Entra Jacob.*)

#### ESCENA IV

#### DICHOS Y JACOB

JACOB.—¿Me llamaba usted?

CARLOS.—Sí. (*A Beatriz.*) Ya lo sabes. Irás con Giacometto a tu Italia.

BEATRIZ.—¿Es verdad que Felicitas y Jacob van contigo?

CARLOS.—Si ellos quieren... Lo que ellos quieran. Es lo único que puedo daros: voluntad.

BEATRIZ.—Ahora sí creo que me quieres un poco.

CARLOS.—; No! ; Querer?... No es cariño lo que os doy, que no os lo di nunca; es justicia. Quiero ser con vosotras, mis hijas, más Dios que nuestro dios... Las culpas de los padres no deben caer sobre los hijos... Déjame con Jacob, déjame... (*Sale Beatriz.*)

## ESCENA V

### CARLOS Y JACOB

CARLOS.—Felicitas no quiere separarse de ti, quiere venir con nosotros, ¿te importa?

JACOB.—Yo deseo, quiero a Felicitas. Creo haber hallado en ella a la mujer, la compañera única para toda mi vida.

CARLOS.—; No confías demasiado en ti al responder de ese cariño para toda la vida? Bien está; ahora la quieres; ya es bastante. Lo que importa con la mujer es que nunca llegue a entrarse como triunfadora por nuestro espíritu. El espíritu de la mujer, al dominarnos, nos disminuye, nos afemina. No es una paradoja; pero el hombre muy amante de las mujeres es siempre menos hombre. La comunicación entre un sexo y otro es siempre a base de engaños y mentiras; hasta en los animales, a la hora del amor, cambia de colores su piel o su plumaje. Y el sexo está en todo: en la religión, en el arte, en la política. Hay religiones femeninas, como el cristianismo; las hay masculinas, como la nuestra; las hay hermafroditas, como la protestante. Hay un arte masculino y un arte femenino, y hay un arte epiceno, que es el que yo detesto. Y hay una Religión, un Arte, toda una vida, en que sólo intervienen el espíritu de Dios y el espíritu del hombre frente a frente..., y cuanto es obra de Dios es impercedero. Ahora no me preguntes qué dios es el dios en quien yo creo, porque sólo sabría decirte: el que yo siento en mí; y acaso te pareciera orgullo desmedido que hasta de dios pueda yo creer que es obra mía; pero eso no, ese orgullo no lo he sentido nunca, porque yo sé que para existir ese dios en mí es porque antes he existido yo en él.

JACOB.—Y bien se ve, maestro, que ese dios es de usted, porque sólo para su arte y por su arte se manifiesta.

CARLOS.—Es que mi dios es de tan amplio espíritu, que en los

demás asuntos de mi vida no ha intervenido nunca. El tuyo... ¿no es así?

JACOB.—Mi dios en arte es usted solo, mi maestro; ya lo sabe usted. En lo demás..., no creo en ninguno. Sólo, por el recuerdo de mi madre, en un dios familiar, que aun tiene su culto en lo más hondo de mi corazón, con el recuerdo de mi madre. Por ese recuerdo yo quisiera hacer de Felicitas mi esposa; sí, casarnos por nuestra religión. Ni ella ni yo somos creyentes; no importa; yo quiero que nuestra casa sea como era la casa de mi madre; que Felicitas sea mi esposa como mi madre lo fué de mi padre.

CARLOS.—Es un sentimiento pueril, pero respetable. ¿Felicitas quiere que sea así también?

JACOB.—En todo pensamos lo mismo.

CARLOS.—Pobre de ti si al decirte una mujer que piensa lo mismo que tú no adviertes que de seguro es porque ella ha conseguido antes que tú pienses lo mismo que ella... Felicitas tu esposa...

JACOB.—¿Le disgusta a usted que así sea?

CARLOS.—No... Es la palabra, la palabra la que me asusta. Es horrible el poder de las palabras...

JACOB.—Esposa, compañera... Es lo mismo. Para mí es más que todo eso, y así la he querido, como a una hermana, por ser hija de usted y ser yo su hijo espiritual.

CARLOS.—Como de hermanos debió ser vuestro cariño, por eso mismo, por ser ella mi hija y tú mi hijo también, aunque sólo espiritual.

JACOB.—Usted sabe, maestro, que el cariño en lo humano no sabe ser puramente espiritual; que una caricia, un beso sólo pueden acercar dos almas cuando sobre las almas pesan leyes morales, preceptos religiosos... Pero en toda caricia, por inmaterial que sea, hay siempre un placer físico, y en el cariño más espiritual existe la atracción del sexo. ¿Por qué siempre las hijas quieren más al padre que a la madre? ¿Por qué los hijos queremos más a nuestra madre que a nuestro padre?...

CARLOS.—No hay que acudir al consabido Freud para explicarlo. La explicación es más sencilla. Por razón natural la madre ha de intervenir más veces en reprensiones y castigos con las hijas, el padre con los hijos; por razón natural también unos y otros buscan amparo y defensa en quien no les reprende ni les castiga. No hay otra razón. La vida es más sencilla de lo que han pretendido al complicarla filósofos, sabios y legisladores...; tan sencilla..., que cuando nos creemos más libres de ella es cuando

más nos sujeta a sus fatalismos, y cuando más orgullosos de nuestro poder civilizador creemos ir camino adelante, nos encontramos de pronto en el punto de partida, en el arranque de los siglos..., porque en el afán de construir, siempre nuevo, sin darnos cuenta lo hemos destruído todo... Creíamos avanzar y hemos regresado. La vida sabe más que nosotros. Eso me tranquiliza... Anda, anda; dile a Felicitas que hemos hablado, que estamos de acuerdo, que vendrá con nosotros, que seréis muy felices, y yo también, yo también, yo también, sin un remordimiento, te lo aseguro, sin un remordimiento. (*Sale Jacob.*)

## ESCENA ULTIMA

CARLOS y ESTER, que ha oído las últimas palabras.

ESTER.—Sería la primera vez que tú supieras de remordimientos. En cambio no te importa despertarlos en los demás.

CARLOS.—¿En ti? No lo creo. El remordimiento implica el recuerdo, y tú siempre has tenido el olvido fácil.

ESTER.—Debes agradecerlo. Así podemos hablar todavía sin odio y sin desprecio.

CARLOS.—No tenemos por qué odiarnos... ¿Despreciarnos?... Sería apreciarnos mutuamente... Yo no he tratado nunca de justificar mi conducta con la tuya. Todo en tu vida me parece admirable: una vida de artista, una perfecta vida de artista. Lo único que desdice algo en ella, y hasta en eso supiste poner la gracia de un claroscuro, fué tu escapada con el tenor lindo, que además de su ridícula belleza, cantaba con el peor gusto... Como por él dejaste a Samuel, no pudiste vengarme mejor de su traición a mi amistad.

ESTER.—Deja las burlas. Estamos en una hora grave de nuestra vida.

CARLOS.—Grave, ¿por qué? Estamos en una hora más, consecuencia de otras horas, horas que han sido toda nuestra vida y nuestra vida lo que nosotros hemos querido que fuera. ¿Qué temes ahora, qué te asusta?

ESTER.—He hablado con la vieja Myrian...

CARLOS.—¿De qué? De lo que antes te dije... ¿Qué sabe la vieja

Myrian? ¿Por qué te importa ahora saber la verdad? ¿Qué quieres saber? No te dije que había mentido...

ESTER.—Sí; yo lo creí también que habías mentido... Venías de beber con tus amigos, no sabías lo que decías... Pienso todo eso...; pero a pesar de todo me da miedo, me espanta... Sé que os vais de esta casa, tú con Jacob, con nuestra hija... Y si fuera verdad lo que dijiste, sería monstruoso... (*Carlos se ríe.*) No te rías; esa risa me hace creer más en lo que pienso, en lo que me espanta... Es la risa que yo conozco bien, tu risa del infierno, la que siempre has tenido al complacerte en alguna maldad...

CARLOS.—Me río porque cuando se trataba de separarle de ti no lo creíste, y ahora que se trata de tu hija estás muy cerca de creerlo... No; no es verdad; no te asustes. Pero está bien, está bien esa escrupulosa moralidad a tus años. Pero ven aquí..., hablemos razonablemente. Figúrate que sí, que fuera verdad que Jacob es hijo tuyo y Felicitas nuestra hija y hermanos por su madre los dos... Supongamos que fuera verdad... No me mires; te he dicho que no; puedes estar tranquila... No es verdad. Cuando lo dije no sabía lo que decía; es decir: saberlo, sí; pero sabía que era mentira... Pero figúrate que fuera verdad. ¿Ibamos a asustarnos? No sería lo más lógico, lo más natural, al vivir como hemos vivido. Hemos sido superiores a todo. Hemos vivido libremente. Ni religión, ni moralidad, ni preocupaciones sociales, ni matrimonio, ni familia, ni siquiera una casa. Nuestros hijos entre extraños y extraños entre ellos... Quizás nos hemos anticipado a lo que quiere ser la Humanidad futura y quizás hemos vuelto a lo que era la Humanidad en su origen. Nuestra religión, la que debía ser nuestra religión, habla de Adán y Eva, la primera pareja humana... Era al principio del mundo y los hijos de Adán y Eva se juntaron como hombres y mujeres porque ninguna ley divina ni humana les había dicho aún que debían respetarse como hermanos... Ya ves; lo que al principio del mundo era posible, ¿por qué no ha de serlo al fin de un mundo que se muere de viejo y de podrido..., que se resquebraja, que se hunde? Un mundo en que, como dice la vieja Myrian de esta casa, se ha olvidado de Dios..., como nosotros lo hemos olvidado. ¿Pensamos en El nunca? ¿Nos ha importado nunca de ninguna ley divina ni humana? Hemos vivido libremente, libremente; de modo que aunque fuera verdad lo que te dije no hay nada monstruoso... Lo monstruoso no existe en la vida. Cuando en la vida parece algo monstruoso es algo que vuelve a la vida..., es la Naturaleza que se acuerda... No tengas miedo, no te asustes...

ESTER.—Sí; me asusta oírte... Júrame que no dijiste verdad.

CARLOS.—Por qué quieres que jure, si no vas a creer que yo creo en nada porque me importe jurar en vano. Sin jurar por un dios en que no creo, creo, por ser más justo que ese dios de venganza, que los hijos no deben pagar las culpas de los padres. Dejemos que sean felices, por lo menos la ilusión de poder serlo. Ya hicimos bastante mal con engendrarlos... Y por oiros a unas y a otras..., ¡mujeres!, he perdido unas horas de trabajo...

ESTER.—Ya te dejo... A tu trabajo, a tu obra... Es lo único que te ha importado en la vida...

CARLOS.—¡La vida! Sombras que pasan a espaldas de la luz... (*Señalando a la obra.*) Este es mi monte Oreb... Aquí hablamos Dios y yo frente a frente...

FIN DE LA COMEDIA





OTRAS OBRAS DE  
**D. JACINTO  
BENAVENTE**

publicadas en  
**LA FARSA**

---

Número 26

**La noche iluminada**

Número 37

**El demonio fué antes ángel**

Número 41

**Y va de cuento...**

Número 55

**Cuento de amor**

Número 59

**¡No quiero, no quiero!...**

Número 94

**Pepa Doncel**

Número 104

**Para el cielo y los altares**

Número 271

**La melodía del Jazz-Band**



**LA FARSA**

Publicación semanal  
de obras de teatro

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Precio  
del  
ejemplar

**50**

céntimos

Las obras más interesantes  
Las de más prestigiosos autores  
Las que más expectación ha-  
yan despertado.

Las encontrará usted en

**LA FARSA**

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, núm. 18

M A D R I D

# la farsa

ESTA A LA VENTA EN LA  
LIBRERIA Y EDITORIAL  
MADRID

ARENAL, 9-MADRID

Donde puede usted sus-  
cribirse, adquirir el  
número de la semana  
y los números atra-  
sados que faltan  
para comple-  
tar su colec-  
ción.

1

